

F1227

5

F4

028510

IMPRESION DE CALDERON

EL CAPITAN RUPERTO CASTAÑOS.

CAPITULO I.

EL PUENTE DE CALDERON.

La guerra de independenciam formó en México una poblacion que hoy se halla diseminada y aislada por sus costumbres y sus recuerdos, de la sociedad, cuya causa defendió tan valerosamente en otro tiempo. Los *guerrilleros*, los aventureros de todas clases componian aquella poblacion excepcional. ¡Feliz el viajero que encuentra hoy en su camino algunos de esos hijos perdidos de la revolucion mexicana! Sus narraciones dan una nueva luz sobre una de las épocas, sin duda, mas curiosas de la

000425



historia contemporánea de Nueva España. Siempre que he podido preguntar á esos veteranos de las grandes luchas de 1810, he recojido revelaciones, he oido relaciones que nunca se han borrado de mi memoria. Entre esos viejos soldados de la Independencia, hay uno sobre todo, en quien parecen haber encontrado su personificación, todos los instintos aventureros, todas las pasiones exageradas del ejército insurgente de México. Me refirieron su vida en el mismo teatro de las campañas de 1810 y 1811, y las aventuras que me pusieron en relacion con el capitán Ruperto Castaños son verdaderamente un digno prelude a las relaciones que siguen. Así, pues, no separaré de los romancescos recuerdos del antiguo partidario los incidentes, las escenas de viaje, en medio de las cuales se desarrolló ante mi vista aquella extraña existencia.

Entre México y Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, y á unas cuantas leguas de esta última ciudad, se extiende un llano en donde se dió la batalla mas sangrienta que tal vez haya puesto frente á frente á los defensores de la independencia mexicana y á los sucesores de los héroes de la conquista. Un torrente atravesaba de Este á Oeste aquel punto árido, y

va á perderse, despues de un curso de tres cuartos de legua, en el rio Tololotlan. En aquel torrente hay un puente de piedra, formado de un solo arco; es el puente y el rio de Calderon. El susurro de las aguas que corren profundamente encajonadas entre dos orillas cortadas á pico, el grito de las águilas, el sonido de las yerbas secas que cubren el terreno, son los únicos ruidos que turban hoy el silencio de aquel extenso campo, en donde combatieron cien mil hombres, desde que salió el sol hasta que se puso, por la independencia de su país. A pesar del interes que ofrece el llano de Calderon por semejante recuerdo, muy pocos son los viajeros que allí se detienen, y la mayor parte de ellos atraviesan aquel punto apresuradamente. Otros recuerdos, muy diversos de los históricos, hacen nacer la vista de aquellos tristes lugares, y mas de un encuentro desagradable señala los bordes del torrente de Calderon á la justa desconfianza de los viajeros que llevan un bagaje regular. En cuanto á mí que tenia la felicidad de no ser de los últimos, me habia propuesto al salir de México recorrer y estudiar con el mayor detenimiento el teatro de una batalla tan memorable, y resolví detenerme, antes de llegar á Gua-



dalajara, en uno de los *jacales* que aparecen diseminados á las orillas del torrente, y no tuve motivo para arrepentirme de haber ejecutado semejante proyecto.

Habia llegado al llano de Calderon, despues de una penosa jornada. Me dirigí resueltamente hácia una cabaña, situada no lejos del puente. El dueño de aquella humilde habitacion me ofreció cena para mí y para el criado que llevaba, así como una poca de *pastura* para nuestros caballos y un tinglado que hiciese veces de caballeriza. No necesitábamos otra cosa, y despues de haber echado pié á tierra, sin ocuparme por mas tiempo de los preparativos de nuestra instalacion, me dirigí al llano que me propuse visitar, entretanto preparaban nuestra cena.

El primer monumento de la batalla de Calderon se presentó á mi vista á algunos pasos del *jacal* en donde estaba posado; fué una especie de *túmulo* grosero, á cuyo lado se elevaba un *mezquite*, excesivamente viejo. En el *túmulo* y en las mismas raíces del árbol, se hallaban plantadas muchas cruces pequeñas, en memoria de las numerosas víctimas de la crueldad española. Proseguí mi camino, y á poca distancia me encontré en medio del campo donde se habian batido los dos ejérci-

tos. Antes de abandonar la capital de México, habia leído algunas relaciones, escritas en español, de las últimas revoluciones del país (1). Bajo la impresion que habia dejado en mi memoria la lectura reciente de aquellos libros, recorrí el campo de batalla, en dónde tan intrépidos adversarios ó defensores de la dominacion de Madrid en Nueva España, habian encontrado su tumba. En el teatro mismo del drama, recordé, sin trabajo, las principales peripecias y los héroes que habian combatido. La guerra de la independencia mexicana duró diez años, como el sitio de Troya, y la batalla de Calderon debe considerarse como uno de los episodios mas notables de esa larga epopeya, que espera aún á su Homero. Nada faltó á aquella lucha: españoles é insurgentes afrontaron la muerte con la misma audacia. Por parte de los mexicanos, la supersticion reanimó mas de una vez el valor de los combatientes. La efigie de la *Virgen de los Remedios*, con traje de generalísimo, caminaba á la cabeza del ejército independiente. Los sacerdotes de todas clases

(1) Entre estas relaciones, las mas curiosas son, sin contradiccion, las de D. Carlos María Bustamante, "Cuadro histórico," y las del Dr. Mora, México y sus revoluciones.—N. del A.



eran generales y coroneles. Un cura, cuyo nombre es célebre, Hidalgo, ejercía sobre aquellas masas fanáticas un poder casi dictatorial. A su lado marchaban, como valientes capitanes, Allende, Aldama y Abasolo: en el ejército de los españoles se hallaban en primera línea el implacable general Calleja y el fogoso conde de la Cadena; por ambas partes los jefes eran superiores. Sin embargo, la disciplina debía obtener ventajas sobre el desorden, y seis mil españoles, acostumbrados á los rudos trabajos de la guerra, derrotaron á cien mil mexicanos, lanzados en confusa mezcla al combate por jefes muy poco experimentados.

Hay pocas familias españolas ó mexicanas, á las cuales el terrible aniversario del 17 de Enero de 1811, fecha de aquella batalla, no traiga á la memoria una pérdida dolorosa. El conde de la Cadena es una de las víctimas mas célebres de aquella jornada. Arrastrado por uno de esos furros implacables, que despierta solo la furia de un prolongado combate, el conde se arrojó con doce dragones en persecucion de los mexicanos fugitivos. No lo vieron volver, y se reconoció su cadáver entre los que llenaban el llano. Nadie se habia precipitado al encuentro de

los insurgentes con mas fogosidad. Los jefes mexicanos hicieron frente á aquel terrible adversario, con un valor digno de mejor suerte. En una de las eminencias, desde donde abrazaba mi vista el teatro de la batalla, hasta sus últimos límites, se habia mantenido Hidalgo durante la accion, y dirigido todos los movimientos de su tumultuoso ejército. Allí era adonde sus capitanes iban á tomar sus órdenes, mientras cien piezas de artillería descargaban sobre los españoles; allí fué tambien donde la noticia de una derrota inesperada sorprendió al intrépido cura, convertido en generalísimo. ¿Cuáles habian sido durante el combate los pensamientos de aquel hombre extraño? ¿Eran los de un padre, en cuyo corazon resuenan dolorosamente los golpes dados á sus hijos? ¿ó los de un general que arriesga al juego de una batalla las mas caras esperanzas de su vida? La doble responsabilidad del pastor y del jefe del ejército, se habia sin duda revelado en aquel momento al alma del sacerdote rebelde, y habia castigado su orgullo con dobles tormentos. Su voz era la que habia lanzado en el llano á tantos millares de hombres armados de hondas y flechas; por su orden, las cien piezas de ar-



tillería habían sido conducidas desde los puntos mas distantes de México hasta el pié de aquellas colinas, sucesivamente ocupadas y abandonas por los insurgentes y los españoles (1). Diez y seis meses antes de la batalla de Calderon, Hidalgo no era mas que cura de Dolores, oscuro pueblo situado á pocas leguas de Guanajuato; Allende era capitán de un regimiento español. ¿A qué fatalidad obedecieron, pues, cuando en la noche del 16 de Setiembre de 1810 lanzaron el primer grito de independencia en el pueblo de Dolores? ¿Y cómo explicar ese delirio revolucionario, que á la vez de Hidalgo, se habia propagado con la rapidez del incendio que produce una antorcha arrojada entre yerbas secas en una sabana? ¿No habia alguna cosa milagrosa en aquel ejército de cien mil hombres, reclutados en pocos dias, por dos ó tres jefes resueltos?

[1] Entre las cien piezas de artillería que siguieron al ejército insurgente, habia algunas que arrancadas de los arsenales de San Blas, á las orillas del océano pacífico, habian recorrido un espacio de doscientas leguas, atravesando caminos impracticables, sin mas medios de trasportes que los hombros de millares de hombres, con cuyo sudor, dice un historiador, se regaba materialmente la tierra.—N. del A.

¿Qué cambio de fortuna y qué expiación tan cruel despues de triunfos tan brillantes! Por tres veces en Calderon, pareció declararse la victoria por los insurgentes; por tres veces se les escapó, y la explosion de un carro con municiones, introduciendo el desórden en sus filas, concluyó, en fin, su derrota. Algunas de aquellas partidas, mandadas por Allende y Abasolo, pudieron verificar una honrosa retirada, y se encontraron dispuestas para nuevos combates; sin embargo, la pérdida de las tropas insurgentes fué muy considerable. No hubo, segun el parte oficial, una sola bayoneta española que no estuviese enrojecida con la sangre mexicana. Como en todas las guerras civiles, la carnicería que siguió á la batatalla fué terrible.

La mayor parte de los jefes del ejército vencido en Calderon tuvieron un fin muy triste. Hidalgo, Allende, Aldama, recibieron la muerte en el cadalso en Chihuahua. Los restos de Abasolo, el caballeroso insurgente, reposan en el fondo de un calabozo. Torres el *vaquero*, con vertido en jefe del ejército, fué ignominiosamente ahorcado en Guanajuato, y su cuerpo descuartizado fué expuesto en cuatro puntos de aquella ciudad, en don-



de la momentánea clemencia de los españoles indultó á todos sus cómplices. Otros partidarios mas felices se escaparon de los desastres de la batalla; algunos hasta llegaron al poder; ¡pero cuántos soldados oscuros, cuántos héroes ignorados habian perecido entre la multitud! En el instante en que este triste pensamiento se ofrecia á mi memoria, el sol estaba á punto de ocultarse. El murmullo del torrente, el estremecimiento de las ramas agitadas por el viento, todos los melancólicos ruidos de la soledad se me presentaban mas tristes, mas solemnes que de costumbre. Comprendí que era necesario sacudir las penosas impresiones que me obsediaban, y tomé el camino de mi posada.

La cabaña, que habia dejado desierta hacia cosa de una hora, se habia llenado rápidamente durante mi ausencia. Media docena de dragones mexicanos, que se reconocian fácilmente en sus uniformes rojos y en sus capas amarillas, habian atado sus caballos al tronco del mezquite, rodeado de cruces de madera, y mientras los dientes de sus cabalgaduras trataban de arrancar del árbol seco algunos trozos de su corteza, los soldados descansaban, bebiendo en la puerta de la cabaña. El polvo que cubria los caballos atesti-

gaba que habian hecho una larga jornada. Aquellos hombres de rostros tostados y con sus trajes brillantes formaban un grupo pintoresco. Me parecia que el llano desierto de Calderon acababa de volver á la vida á algunos de los salvajes guerreros á quienes habia servido de tumba.

—¿Tenemos seis convidados de mas? pregunté al dueño de la cabaña, entrando en ella. Mi pregunta descubria una inquietud que demostraba mas claramente la mirada que dirigí á la mesa, en la que nada indicaba que se hubiesen ocupado de los preparativos de la cena.

—¡Eh! no señor, respondió el propietario. Estos dragones están esperando que descansén sus caballos, y se pondrán en camino antes de media hora para la *baranca del Salto*, á donde van á dormir, si es que puede dormirse en ese maldito lugar.

El dueño de la cabaña acompañó estas últimas palabras persignándose devotamente. Por primera vez sorprendia en México una de esas supersticiones tan comunes en nuestros paises, é iba á aventurar sobre el particular algunas preguntas, cuando una voz fuerte atrajo la atención del propietario. Casi al mismo tiempo un viajero impaciente abrió la puerta y



lanzó hasta el centro de la cabaña un brioso caballo, negro como el ébano.— ¡Hola! *patron*, ¿no tiene algunas provisiones reservadas para un viajero hambriento?

Dirigí á aquella inesperada visita la misma mirada, y con el propio disgusto con que antes la habia dirigido á los seis dragones. A la luz de la hoguera que alumbraba la cabaña, pude reconocer á un hombre de cosa de cincuenta años, alto y vigoroso, de piel morena, con unos ojos vivos y brillantes, unos bigotes enormes subian hasta sus orejas, una cicatriz mal encubierta por la falda de su sombrero, partia de su ojo izquierdo y llegaba hasta las barbas. La fisonomía de aquel personaje expresaba bondad y franqueza; habia en sus movimientos y en su acento una aspereza verdaderamente militar.

—Si no quiere vd. mas que *frijoles, chile y cecina*, y los restos de una polla, puede pasar adelante, respondió el dueño de la cabaña.

—¡*Con mil diablos!* exclamó el recién llegado, precisamente son mis tres platos predilectos, y por lo mismo me detengo aquí.

El desconocido hizo retroceder su caballo con asombrosa destreza, hasta que

pasó el umbral de la cabaña; en seguida saltó en tierra, ató al animal á uno de los añosos árboles que formaban en frente de la cabaña una especie de alameda, y entró, llevando debajo del brazo un magnífico *zarape del Saltillo*, que colocó en un rincón. En seguida se quitó las espuelas, desabrochó el cinturón que sostenia un machete, especie de cimitarra muy ancha, y se sentó á mi lado en un banco de encino, colocado delante de una mesa, en negrecida por el humo.

—¿Es vd. de mi opinión, con respecto á la cena? me preguntó despues de haberse sentado.

—Sí; solo tengo algunos escrúpulos en cuanto á la edad de la gallina.

—¡Bah! con buenos dientes, no debe temerse, respondió mi comensal; y la sonrisa que entreabrió sus labios, descubrió dos hileras de dientes capaces de pulverizar fierro. ¡Hola! amigo, continuó volviéndose hácia uno de los dragones que se hallaban en la puerta de la cabaña, ¿quiere vd. sentarse, tomar un trago conmigo, y decirme por qué motivo andan vdes. por estos rumbos á una hora tan avanzada?

—Un escuadrón de nuestro regimiento está de guarnición por algunos días en el



pueblo de Zopatlanejo, y nuestro capitán nos mandó que fuéramos á acampar esta noche á la hacienda arruinada, que se halla á un lado de la *Barranca del Salto*.

—¡La *Barranca del Salto*! dijo el desconocido, con un movimiento de sorpresa; ¿y es esto todo lo que vdes. saben sobre el objeto de la expedición?

—Solo sé, contestó el soldado, que otros seis destacamentos, formado de seis hombres cada uno, marchan por diversos puntos, con el fin de rodear las inmediaciones de Guadalajara; es todo lo que puedo decir á vd., y si desea saber algo más, puede dirigirse á nuestro *cabo*.

Este, á cuyas órdenes se hallaban los cinco dragones, entraba en aquel momento para reunir á sus soldados y beber el último trago. El viajero, que tan familiarmente había tratado al dragon, lo hizo de la misma manera con el *cabo*, y previno sus deseos ofreciéndole un vaso, el que aceptó el soldado de buena gana. A la salud de vd., dijo.

—A la de vd., contestó el desconocido. Y dirigió de nuevo al *cabo* su pregunta, que había quedado sin respuesta, respecto al objeto de la escursión de los dragones.

El *cabo* vaciló un momento antes de responder; en seguida dió orden al solda-

do, que no se había movido de la cabaña, que fuera á reunirse con sus camaradas. Sin duda el *cabo* no quería descubrir delante de uno de sus inferiores sus secretas instrucciones. Cuando nos encontramos solos,

—Vd. es un *antiguo* soldado, dijo el *cabo* al desconocido, que en efecto tenía la apariencia de un viejo militar.

—He combatido todo un día en este llano, respondió el desconocido.

—¿Cuándo la batalla de Calderón? interrumpí. En ese caso vd. podrá darme algunos pormenores sobre aquella jornada.

—Con mucho gusto, mientras cenamos. Yo mandaba una *guerrilla* volante, compuesta de doscientos cincuenta hombres, y en la noche casi era yo el único que había quedado de ella. ¡Cuánta sangre, Dios mío, corrió al pié de esas colinas!

—Vamos esta noche, contestó el *cabo* en voz baja, á explorar la *Barranca del Salto*, y si es cierta la reputación que tiene ese lugar, á la verdad que es una comisión muy triste: dicen que los muertos hacen allí la guerra á los vivos.

—¡Ah! ¡han pasado en aquel lugar cosas terribles! Me acuerdo de una noche